

ALBERTA, QUEBEC Y EL “FEDERALISMO DE APERTURA”: REFUNDACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL Y EL EJERCICIO DE LA POLÍTICA EXTERIOR

José Luis Ayala Cordero

Cada provincia ocupa un lugar particular en el paisaje político canadiense. Existen diferencias entre unas y otras según sus elementos constitutivos, como población, geografía, recursos naturales, etc. Esta es la razón por la que las provincias no tienen la misma importancia en sí mismas, a pesar de que la Constitución les otorga las mismas prerrogativas y poderes. De esta forma, ciertamente algunas presentan desventajas sobre su desarrollo en la Federación canadiense frente a otras.

BOILY (2013: 5)

Introducción y marco histórico

En Canadá, los partidos políticos expresan los intereses regionales de las provincias. El ejercicio de poder y los objetivos regionales tienen como contexto el federalismo, sistema en el que existen contrapesos entre el gobierno central y los subnacionales. Por otra parte, los partidos construyen, en este ejercicio de determinar y perseguir objetivos locales, identidades económicas y culturales. Por ello es importante plantear cuáles son los argumentos históricos que redefinieron, desde los años sesenta del siglo pasado, la identidad canadiense y el debate que surge ante la actividad internacional de Quebec.

A partir de 1867, en que surge el “Dominio de Canadá” —con la Ley Británica de América del Norte— y hasta 1961, en que la provincia de Quebec inicia su actividad internacional,¹ la coexistencia entre francófonos y

¹ En 1961, el primer ministro de Quebec, Jean Lesage, junto con nueve de sus ministros, inauguran en París una delegación general. En 1962 se abre otra delegación en Londres y en 1965 el gobierno de Quebec firma dos acuerdos con Francia en las áreas de educación y cooperación;

anglófonos fue estable, aun con sus contrapesos, bajo la dirección del gobierno central en Ottawa. En este periodo nunca se cuestionó el hecho de que existían dos naciones, dos pueblos o dos sociedades fundadoras de Canadá.

Es preciso señalar que la política exterior canadiense fue conducida, desde mediados del siglo xx, principalmente por una elite anglófona asentada en Ottawa.² Así, la provincia de Ontario concentró desde el principio a las elites del poder económico, del mercado y de las decisiones políticas hasta los años sesenta. En ese momento, Alberta y Quebec aún tenían poco peso político a nivel nacional, pues debe recordarse que Canadá se construyó en el siglo xix, “a partir de un programa político, económico e identitario de un grupo aglutinado alrededor de una burguesía con negocios anglófonos, portadores de un proyecto de clase y de intereses nacionales específicos” (Beauchemin, 1995: 113).

Además de este argumento histórico, dichas elites buscaban consolidar un espacio político controlado por un gobierno central de mayor peso que el de los gobiernos provinciales, y así apuntalar su proyecto. Es decir, se reconocía “...la necesidad de crear un mercado, y al mismo tiempo un espacio político al interior del cual se logran nivelar las diferencias lingüísticas y culturales susceptibles de dañar el buen funcionamiento nacional de ese espacio comercial” (Beauchemin, 1995: 113).

Esto confirma porque cuando la provincia de Quebec reta esa coexistencia histórica, los francófonos recuperaron su espacio económico negado durante mucho tiempo, y crearon, por ejemplo, Hidro-Quebec, una de las empresas más importantes generadoras de energía eléctrica y con importantes activos económicos hasta la fecha. Ello, sin pasar por alto que el factor del idioma sería crucial en este nuevo desarrollo económico, político y cultural.³

ese mismo año el presidente francés Charles de Gaulle recibió al viceprimer ministro quebequense Gérin-Lajoie.

² “Es un hecho que la política exterior de Canadá era considerada todavía joven, aunque tuvo un rápido crecimiento espectacular en razón de los contactos europeos creados a raíz de la segunda guerra mundial. El personal del Ministerio de Asuntos Exteriores de Ottawa era todavía inexperto ante las nuevas responsabilidades y el acceso de Canadá a rango de potencia media. Además, los funcionarios eran en su gran mayoría anglófonos por razones históricas, ante la ausencia de interés por parte de las elites francófonas en los asuntos relacionados con la política exterior, lo que ocasionaba que fueran los anglófonos quienes resguardaran y condujeran todos los asuntos determinantes para el país” (Balthazar, 1992: 155-156).

³ A Quebec se le permitió legislar para hacer del francés su lengua oficial. La *francización* de la provincia fue adquiriendo cada vez más fuerza social, económica y política, de tal forma que en 1977 se adoptaría la Ley 101, que obliga a la utilización y rige el estatus del francés en las instituciones públicas, en la educación y en la vida económica.

Sin duda, el inicio de la actividad internacional de la provincia de Quebec en 1961, con o sin el aval del gobierno central, definió el futuro de las relaciones internas y externas del país. La pregunta obligada es: ¿cómo sería el presente si Canadá hubiese seguido el ejemplo de otras federaciones, como Bélgica o Suiza, de reconocer constitucionalmente a sus partes integrantes como actores internacionales?⁴

Sin embargo, lo cierto es que la herencia jurídica de Gran Bretaña marcó una ruta jurídico-constitucional que permitió vacíos en la conducción de las relaciones internacionales en sus territorios o dominios de ultramar, una vez alcanzados sus respectivos procesos desvinculantes de la Corona en el siglo XX. Esta situación queda expuesta en el artículo 132 de la Ley Británica de América del Norte (BNA, British North America Act).⁵

Así, entre 1961 y 1979 se notó una intención más clara por parte de los gobiernos liberales de Lester B. Pearson y de Pierre Elliott Trudeau para promover cambios estructurales en la Constitución, así como para reasignar un nuevo lugar a Quebec en la Federación. Para ello se crearon dos comisiones cuyos informes coincidieron en las recomendaciones: la Comisión Real sobre Bilingüismo y Biculturalismo, de 1963, y la Comisión Pépin Robarts 1976-1979. El punto de partida de la primera fue reconocer la realidad histórica de que fueron dos razas las que dieron origen a Canadá, en sus tradiciones occidentales, desde luego, con sus diferencias de idioma y cultura. La segunda analizó la unidad canadiense frente a los anhelos independentistas

⁴ "Suiza es un buen ejemplo del grado más complicado [de reconocimiento] constitucional, lo cual queda claramente demostrado al establecer los límites de una coexistencia federal-cantonal de las relaciones exteriores. Ciertamente, la Constitución suiza establece que sólo el poder federal ostenta la facultad de concluir tratados y alianzas (artículo 8); sin embargo, esta posición está provista de una 'excepción', mediante la cual los cantones pueden realizar acuerdos con Estados extranjeros en ciertos aspectos específicos (por ejemplo, las relaciones culturales y la economía pública), los cuales no deberán estar en contra de los intereses de la Confederación o de los derechos de otros cantones (artículo 9)" (Departamento Federal de Asuntos Extranjeros del Gobierno Suizo, 1993: 4).

⁵ Una de las principales características de la BNA fue que otorgaba a las provincias la capacidad de administrar ciertas áreas como la educación, la justicia, la inmigración y su organización social; sin embargo, la Corona británica no asignó en forma total al gobierno central federal la conducción de la política exterior, la diplomacia y los tratados internacionales. Así, el artículo 132 explica los mecanismos diplomáticos que deben seguirse en materia internacional, por lo que la BNA resultaba ambigua en esta materia: "El Parlamento y el gobierno de Canadá deberán contar con todos los poderes necesarios o apropiados para ejecutar y llevar a cabo las obligaciones que Canadá o alguna de sus provincias, por ser parte del Imperio británico [...] contraigan por los tratados entre el Imperio y dichas naciones extranjeras" (Ayala, 2014: 163).

que crecían en Quebec en los años setenta. Entre las recomendaciones del primer comité sobresalen, sin duda, el reconocimiento de dicha provincia como una sociedad distinta, así como el establecimiento del inglés y del francés como idiomas oficiales de Canadá.

Quizás algo de lo más sobresaliente de estos documentos sea que al final se reconoció una asimetría entre las provincias que las distinguía con claridad, poniéndose el énfasis en la provincia de Quebec por su carácter francófono. De dichos informes surgió la necesidad de reconocer que el gobierno central de Ottawa tenía la obligación de reestructurar su federalismo. Por ello, en el reporte de la Comisión Pépin Robarts se asentaba: “Expresamos nuestra convicción con certeza: Quebec es diferente y debe poseer los poderes necesarios para la preservación y el desarrollo de sus carácter distinto en el seno de Canadá. Toda solución política que no responda a esta situación representara el estallido de Canadá” (*Informe Pépin-Robarts*, citado en Laforest, 1992: 38).

Este es uno de los problemas más sensibles del sistema federal canadiense hasta la actualidad; ¿cómo mantener la unidad en la diversidad? El resultado ha sido el fortalecimiento gradual de la posición de las provincias, que ha permitido la consolidación de gobiernos subnacionales con amplios espacios autónomos.

En los años ochenta del siglo pasado, con el arribo del gobierno conservador de Brian Mulroney, se buscó integrar a Quebec en el marco constitucional y reconocerlo como sociedad distinta. Para ello, se convocó a los Acuerdos del Lago Meech, de 1987; sin embargo, éstos no recibieron la respuesta que se esperaba por el rechazo de algunas provincias para apoyar ese reconocimiento. Así, los intentos estériles de la Federación para resolver los pendientes de Quebec motivaron que la provincia desarrollara dos referéndums, que amenazaron potencialmente la unidad canadiense, en los años 1980 y 1995.

De tal modo, frente a la serie de conflictos que históricamente se han generado en Canadá ante el empuje quebequense para ser considerado como una unidad provincial con una sociedad diferente, con plenos derechos culturales, jurídicos y políticos, fue que finalmente las modificaciones a la Constitución en 1982, desarrolladas durante el gobierno de Pierre Elliott Trudeau, confirmaron al multiculturalismo —no al biculturalismo— como el eje de la identidad nacional. Empero, es preciso reconocer que la provincia de Quebec tiene un alto grado de maniobrabilidad política y económica, tanto interna

como externa, frente al gobierno central. Asimismo, provincias como Alberta han adquirido también poder político y económico para influir fuertemente en el escenario nacional y en la política exterior del país.

De este modo puede afirmarse que, después de la mencionada reforma constitucional de 1982 la identidad canadiense adquirió diferentes matices, ya sea durante las administraciones conservadoras o con las liberales, pero sin que el asunto se solucionara de fondo. Prueba de ello es que para inicios del siglo XXI, el gobierno de Stephen Harper propuso un "federalismo de apertura", que en realidad reproducía los conflictos pasados así como estimulaba una renovación de la polémica acerca de la identidad regional y su relación con el ejercicio de la política exterior por parte del gobierno federal. Esto último es un problema bastante complejo, ya que:

El paradigma realista dominante en la disciplina de las relaciones internacionales ha ignorado a los actores subnacionales. Frente al reduccionismo Estado-céntrico, su indiferencia sobre la política interior, su concepción estrecha del mundo en términos de conflicto y su focalización exagerada sobre las cuestiones de seguridad, se ha señalado la necesidad de elaborar nuevos conceptos y teorías capaces de integrar la reafirmación de los fenómenos de la globalización, de la transnacionalización y de la regionalización supranacional (Philippa, 1999: 663-664).

Alberta/Quebec y sus revoluciones tranquilas

Alberta, al igual que Quebec, cuenta con recursos naturales clave en el desarrollo económico de Canadá; ello influye en las decisiones políticas y crea contrapesos de poder, pues las provincias han mantenido un control histórico sobre ciertos productos. Por ejemplo —hasta antes de la segunda guerra mundial— las provincias marítimas del Atlántico controlaban la pesca, Quebec el comercio de pieles, Columbia Británica los recursos forestales para la producción de papel, mientras que las grandes granjas en las praderas (Saskatchewan y Manitoba) dominaban la producción de maíz para el consumo y el comercio internos, así como para la exportación a otros países, como Estados Unidos y Gran Bretaña. Esta práctica estimuló los monopolios en ciertos sectores estratégicos.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX se requirió, dado el dominio avasallante de Estados Unidos en Occidente, de una reconversión y de

poner atención en otros sectores como los del petróleo, el gas o la electricidad, así como en el automotriz. A partir de ese momento, Alberta se caracterizó por la producción de petróleo y Quebec se distinguió como generador de electricidad, convirtiéndose así ambas provincias en regiones estratégicas de importancia global.

En Alberta, los intereses económicos se fusionaron con los políticos: a principios de los años treinta del siglo xx se creó el Partido del Crédito Social (PCS), fundado por Clifford Hugh Douglas, que estaba cimentado en valores sociales cristianos conservadores. El partido ganó las elecciones de 1935 y consiguió conformar un gobierno mayoritario. En ese contexto fue que su líder, Ernest Manning, desempeñó un papel clave al fungir como *premier* de 1943 a 1968. Su plataforma política se enfocaba en el desarrollo empresarial, la política de evitar la creación de sindicatos y en la no intervención del Estado en la economía. A partir de esos años, la provincia ocupó un lugar especial en el escenario político canadiense, diferenciándose ideológicamente de las elites de Ontario y Quebec: “La cultura del Oeste mostró precisamente que la doctrina creditista podría seducir a las masas albertinas, presas de los dolores de la crisis económica: una promesa de espiritualizar la economía que nunca pasó ni por la adopción del materialismo socialista ni por una simple renuncia a los principios del liberalismo” (Boily, 2013: 41).

Durante los años sesenta y setenta del siglo pasado, en Alberta las clases medias locales formaron parte de los cambios estructurales provinciales, al mismo tiempo en que los partidos políticos de la región abrazaron los valores morales y religiosos de una sociedad mayoritariamente conservadora y excluyente. Este proceso doctrinal, en el cual los líderes de los partidos fueron también pastores religiosos o fieles de firmes convicciones a las iglesias de sus comunidades se repitió en toda Alberta, con lo que blindaron su posición frente a las provincias cosmopolitas del Este del país.

Desde 1935 y hasta principios de los años setenta, gobernó Alberta el Partido del Crédito Social, hasta que arribó al poder en 1971 la Asociación Conservadora Progresista de Alberta, de la mano de su líder Peter Lougheed. De esta forma, gracias a la acelerada industrialización y al fortalecimiento de una clase media influyente e instruida, varias de las provincias fueron adaptándose al nuevo modelo económico internacional de Occidente, encabezado por Estados Unidos. Frédéric Boily asegura que Alberta también pasó por cambios políticos, culturales y económicos clave en la década de los setenta:

“La tesis seductora peca por su lado inteligente al reproducir sustancialmente el mismo tipo de historia elaborada para explicar la Revolución tranquila de Quebec: un periodo tenebroso con un autócrata (Manning en su caso y Duplessis en el otro), seguido por la salida de esa oscuridad con elites iluminadas, como [las que representaban] Jean Lesage o Peter Lougheed, quienes portaban las banderas de la modernización” (Boily, 2013: 58).

En el caso de Quebec se vivió un proceso de revolución cultural e intelectual importante en los años sesenta. Consistió en el cambio de una visión espacial frente al gobierno de Maurice Duplessis:

El periodo de quince años que precede a la Revolución tranquila ha llamado mucho la atención. La expresión *duplessisme* designa el régimen político instaurado por Maurice Duplessis, jefe de la Unión Nacional, en el poder de 1944 a 1959. Este régimen se caracterizó notablemente por una actitud autoritaria, así como por un antisindicalismo anunciado, el apoyo a los valores tradicionales y el rechazo a las nuevas orientaciones del Estado-provincia. Paralelamente, la Iglesia católica se colocó en una posición de resistencia a todo aquello que minara su autoridad. El clima intelectual aparecía sofocado —de ahí la expresión *Grande Noirceur* adoptada para nombrarlo— y los francófonos de Quebec se quejaban de retrasos importantes en materia de educación (Linteau, 2000: 22).

Por su parte, en Alberta las décadas de los sesenta y los setenta reafirmaron el apoyo social a las dinámicas políticas conservadoras, al mismo tiempo en que se descubrían enormes yacimientos de gas y petróleo que impulsaban la idea de una modernidad urbana a imagen y semejanza de las grandes ciudades en Estados Unidos: “En efecto, entre 1972 y 1974 el gobierno cambió la cara rural de Alberta, al proponer la construcción de aeropuertos en regiones lejanas, así como con la inversión de 100 000 000 de dólares [canadienses] en varios sectores, como el transporte, la electrificación rural, las escuelas, la explotación de sales bituminosas, etcétera” (Boily, 2013: 60).

Así, Calgary y Edmonton se convirtieron en ciudades importantes como centros financieros y administradores de la riqueza petrolera provincial. Por su parte, Quebec también modificó sus estatus regional, de identidad, económico y político con la llegada de Jean Lesage. De esta forma, las condiciones regionales de ambas provincias fueron el escenario que definió la relación con el gobierno federal, sin importar su color partidista. En consecuencia, tanto Quebec como Alberta ejercen la facultad de definir sus propias doctrinas para apuntalar sus respectivas identidades económicas, políticas y culturales.

En este sentido, la conocida Revolución tranquila quebequense cuestionó, entre otras cosas, la capacidad del gobierno central para conducir de forma exclusiva la política exterior. A partir de ese momento las provincias canadienses presentan distintos comportamientos al respecto. Por ejemplo, Ontario se suele sujetar al poder federal y a sus lineamientos, mientras que Quebec prefiere diferenciarse en un ejercicio que legitima su propia existencia; otras provincias buscan influir en el poder central federal para, desde ahí, fortalecer sus intereses regionales, tal y como lo ha hecho Alberta.

En los ámbitos educativo y cultural, la fuerza de Quebec se potencializa —sobre todo a partir de los años sesenta— justo cuando la provincia firmó su primer acuerdo de intercambio en educación y cooperación con Francia. Este asunto generó un enfrentamiento directo con el gobierno federal, ya que Paul Gérin-Lajoie —entonces ministro de Educación de Quebec— planteó una doctrina que tiene vigencia hasta la actualidad.⁶ A partir de entonces se ha reafirmado “...la capacidad jurídica de Quebec para ejercer en el plano internacional las competencias constitucionales que posee en el plano interno y, por otra parte, la voluntad política del gobierno de Quebec de actuar en este sentido, todo para su reconocimiento, como lo precisara Gérin-Lajoie” (Martin, 1990: 42-43). Por ello, la actividad internacional francófona representa un acto identitario de grandes repercusiones en la reconfiguración del federalismo canadiense.

Todos los diferentes gobiernos de Quebec hasta nuestros días han considerado esta doctrina como una guía de acción internacional; se trata de un elemento que sitúa y posiciona la identidad francófona en Canadá, y a partir de ésta se definen las relaciones con el gobierno central y las demás provincias.

⁶ “Quebec no es un Estado soberano en todos sus dominios, ya que es miembro de una federación; sin embargo, está integrado desde el punto de vista político en un Estado. Quebec posee todos los elementos: territorio, población, gobierno autónomo. También es la expresión política de un pueblo que se distingue en número respecto de las comunidades anglófonas que habitan América del Norte [...]. Existió una época en que el ejercicio exclusivo por Ottawa de las competencias internacionales no era perjudicial para los intereses de los estados federados, ya que el dominio de las relaciones internacionales estaba bien delimitado; no obstante, en nuestros días dicho aspecto no es así. Los asuntos intergubernamentales conciernen a todos los aspectos de la vida social, por lo que hoy en día, en una federación como lo es Canadá, se hace necesario que las colectividades y sus miembros decidan participar activamente y personalmente en la elaboración de las convenciones internacionales que les interesen directamente [...]. En los diversos dominios que ahora adquieren una importancia internacional, Quebec tendrá un rol directo, conforme a su verdadera identidad” (Gérin-Lajoie, 1965: 5).

Alberta: epicentro del conservadurismo canadiense

El Partido del Crédito Social de los años cuarenta del pasado siglo y la Asociación Conservadora Progresista de Alberta comparten lineamientos ideológicos basados en el liberalismo económico, que se han fortalecido por el poder petrolero y su influencia en el desarrollo regional. Uno de los principios básicos de los conservadores de Alberta en el siglo xx fue mantener la unidad nacional.

La unidad nacional es crucial, ya que los proyectos económicos y la expresión de objetivos en la política exterior sólo se lograrían si se mantiene el lazo federal de unión. Es decir, las diferencias se reconocen, pero no deberían dar pie a la violación de la soberanía provincial por parte de la Federación. Por ello, la identidad nacional es un concepto básico que se expresa en la cultura, el idioma, los proyectos económicos, el uso y explotación de los recursos naturales, entre otros asuntos.

En 1980, cuando fue reelegido Pierre Elliott Trudeau como primer ministro, buscó ejercer un mayor control sobre los recursos energéticos canadienses y disminuir la capacidad de influir sobre ellos del capital de Estados Unidos. Por ello decidió crear el Plan Energético Nacional (PEN), como un intento por regular las ganancias que se obtenían por la producción, el refinamiento y la venta del petróleo.

Las empresas subsidiarias de Canadá, ubicadas principalmente en Alberta, criticaron fuertemente el PEN, pues lo consideraban una intromisión en la administración y el gasto de las ganancias de la provincia. Este posicionamiento de Alberta y sus diferencias con las demás provincias muestran un elemento identitario local: "Alberta fue poblada básicamente por inmigrantes originarios de Estados Unidos y granjeros de Ucrania, [quienes desarrollaron] una mentalidad individualista, hostil a la intervención del Estado y a todo lo que oliera a socialismo. Además, la prosperidad que el descubrimiento y explotación de yacimientos de petróleo trajo consigo contribuyó a fomentar una cultura conservadora, individualista y antisolidaria" (Santín, 2014: 79).

Este posicionamiento antisolidario se advierte en su negación de reconocer a Quebec dentro del marco constitucional en el referéndum del Lago Meech en 1991. Por otra parte, al igual que en México, donde Nuevo León, Jalisco y entidades centrales aportan en demasía al PIB en comparación con

Chiapas, por ejemplo, en Canadá es Alberta una de las provincias que contribuye más fuertemente con impuestos para el erario, a diferencia de otras como la Isla del Príncipe Eduardo. Ello convirtió, durante el gobierno de Trudeau, a las provincias del Oeste en un bloque político económico, que a través del tiempo ha proyectado sus objetivos a nivel nacional y presionado para obtener más privilegios y ventajas que el resto de entidades federadas menos prósperas.

Años después, en 1985, el primer ministro Brian Mulroney desmanteló el PEN ante la consolidación de las políticas económicas empujadas desde Estados Unidos. En esos años, provincias como Alberta, Columbia Británica y Manitoba mostraron una fuerte oposición conservadora —dentro del propio gobierno conservador de Mulroney—, sobre todo cuando se propuso reintegrar a Quebec al marco constitucional canadiense a través de los Acuerdos del Lago Meech. Fue precisamente el voto negativo de Manitoba el que impidió la ratificación del acuerdo.

A partir de este momento fue más evidente que Alberta consolidaba aceleradamente su posición en el escenario federal, amparada por sus poderosos activos petroleros que determinaban en buena medida el crecimiento y desarrollo del país, además de que ofrecían cuantiosos recursos económicos a las causas conservadoras en sus campañas electorales a nivel federal. Consciente de esta problemática a nivel nacional, el gobierno de Mulroney propuso un *federalismo de cooperación* para integrar a Quebec al orden constitucional con base en el principio de igualdad entre los dos pueblos fundadores, con la clara intención de evitar una potencial fragmentación de Canadá.

Para los años noventa, el líder conservador de Alberta, Preston Manning, al igual que su heredero político, Stephen Harper, impregnaron entre sus seguidores y adherentes una férrea negación al reconocimiento histórico de Quebec y su posición igualitaria en Canadá; sin embargo, debe señalarse que el conservadurismo del Oeste no niega la importancia que tiene la provincia de Quebec en la Federación canadiense, ya que el modelo económico de Alberta requiere —una vez alcanzado el poder central— de todos los componentes regionales para poner en marcha su proyecto político-económico.⁷

⁷ “Para Stephen Harper, y en general para el pensamiento conservador canadiense del siglo XXI, los problemas fiscales y sociales están en primer plano; no obstante, por razones políticas y económicas Quebec también ocupa un lugar especial. Para entenderlo, debe examinarse el impacto del nacionalismo quebequense entre los canadienses de habla inglesa en la década de 1960. La

Alberta es hoy día el epicentro del conservadurismo canadiense y, como se ha mencionado, su evolución acelerada inicia desde los años setenta del siglo xx con Peter Lougheed. Al igual que la provincia de Quebec, Alberta define su posicionamiento identitario a partir de la Escuela de Calgary, que tiene una estrecha relación con la política exterior del gobierno de Harper. Cabe añadir que dicha política exterior se caracterizó por un firme alineamiento a la diplomacia de Estados Unidos, justo cuando Canadá se convirtió en un aliado contra el terrorismo, al mismo tiempo en que promovió la creación de un neocontinentalismo, es decir, una región fuerte en contra de todo aquello que pudiese mermar los valores de la libertad y la unión en América del Norte y el mundo.

En este sentido, sus seguidores captaron la imagen de que "Harper es un ejemplo de clara moralidad, comparable a personalidades como Churchill, Thatcher y Reagan, por su capacidad de oponerse al mal en nombre de los principios básicos de Occidente" (Dorion-Soulié, 2014b: 535). De esta forma, entender el modelo conservador canadiense consiste en identificar cómo concurren y se intersectan los valores doctrinales de la Escuela de Calgary.

La Escuela de Calgary

La Escuela de Calgary se caracterizó por la formación de cuadros políticos, es decir, por crear una elite intelectual en la provincia de Alberta con miras a conquistar el poder federal, y desde ahí expandir sus objetivos políticos, militaristas e ideológicos. Estos elementos en común definieron a un grupo de pensadores de diversos departamentos de ciencias sociales de la Universidad de Calgary, entre ellos Stephen Harper, quien llegó a ser primer ministro de 2006 a 2015. Esta corriente llegaría a implicar una concientización de la política y de su importancia para los intereses del Oeste frente a Ottawa, es decir

...en oposición al gobierno federal y a los grandes monopolios de Canadá central, que dominan políticamente y económicamente la región. En Alberta, por ejemplo, estas ideas se perpetúan a través de los principales partidos políticos.

negativa de Quebec a adherirse al concepto de 'un' Canadá y, por el contrario, su adopción del concepto de 'dos naciones', ofendieron a más de uno. Los temores de una revolución violenta (al menos así era como se percibía) y la amenaza tangible de separación, así como los dos referéndums, también contribuyeron a alimentar este trauma colectivo" (Harrison, 2013: 1).

En el gobierno del [Partido del] Crédito Social (1935-1971), este discurso populista enfrentó en un primer momento a los pequeños agricultores en contra de los grandes capitalistas monopolistas. Luego tomó una actitud antisocialista en favor de la segunda guerra mundial. Los pequeños [empresarios y trabajadores de Alberta] ahora se enfrentaban a los grandes, [la elite burocrática, socialista y centralizadora de Ottawa], que actuaban contra los intereses individualistas del Oeste. Esta ideología política será retomada por el Partido Reformista, fundado y presidido por Preston Manning, [quien estaba] rodeado en particular por Tom Flanagan y Stephen Harper, para luego perpetuarse en las filas de la Alianza Conservadora Canadiense, y más tarde en el actual Partido Conservador de Canadá, ambos dirigidos por Harper [...]; finalmente la encontramos en la Escuela de Calgary (Dorion-Soulié, 2014b: 544).

La Escuela de Calgary es, pues, una síntesis de las ideas liberales, en “donde sus miembros comparten una concepción de la historia canadiense y un proyecto político común; la influencia de esta escuela sobre Harper debe matizarse” (Dorion-Soulié, 2014a: 518), toda vez que al igual que Quebec en los años sesenta, implica un cambio político federal, de la identidad y de la política exterior, como podrá apreciarse más adelante.

El gobierno conservador de Harper mostró su formación dentro de la Escuela de Calgary a través de su ejercicio para redefinir el balance en las relaciones intergubernamentales entre las provincias y el gobierno federal —que en buena medida habían delineado los gobiernos liberales—. En este sentido se señalaba que:

La voz del Oeste de Canadá era claramente más fuerte alrededor de la mesa del gabinete de Stephen Harper de lo que había sido desde la época de Brian Mulroney. El ministro altamente competente tenía portafolios de alto nivel y varios otros ministros tenían roles calificados de comité de alto nivel en las carteras estratégicas. Las cuestiones importantes para los canadienses occidentales fueron tratadas con la seriedad que merecían y de una manera que reflejara adecuadamente el cambio hacia el Oeste en el poder económico y demográfico (Fox, 2016: 23).

Así, la capacidad de los conservadores aumentó y pudieron diseñar estrategias que permitieron que el centro de control político, históricamente en Ottawa, se desplazará hacia el Oeste, toda vez que Ontario y Quebec definieron hasta ese momento el eje de desarrollo del sistema federal.

Política exterior

Otro escenario en el que ha influido la Escuela de Calgary es la política exterior, a la cual define desde una óptica neoliberal del siglo xx, pero mezclada con elementos neoconservadores canadienses del xxi. El resultado puede circunscribirse muy bien con la siguiente cita: "La política exterior se traduce por una desconfianza hacia los organismos internacionales, un fanatismo moral, por la defensa de las democracias liberales occidentales y de los valores cristianos, una fe absoluta en la benevolencia de la hegemonía estadounidense, una fuerte voluntad por usar el poder en la escena internacional y el deseo de Canadá de ser el mejor aliado posible de Estados Unidos" (Dorion-Soulié, 2014a: 519).

Debe señalarse qué a partir de la segunda mitad del siglo xx, a la política exterior canadiense la dominaron ciertas dinámicas no solamente planteadas desde una visión anglófona. Por ello, a partir de los años sesenta fue más visible que la provincia de Quebec comenzó a tener una presencia más activa en el escenario mundial, justo en el momento en que surgía una nueva perspectiva de las relaciones internacionales: "El Estado soberano tradicional, alguna vez el único real, parece cada vez más poroso. Las comunicaciones internacionales debían establecerse en niveles distintos a los gobiernos centrales. Comenzamos a hablar sobre las relaciones transnacionales para designar a este tipo de nuevas mezclas" (Balthazar, 1992: 157).

Todo ello confirma nuestra hipótesis, ya que el interés del gobierno federal por definir objetivos de una política exterior que proyectara identidad, cultura e intereses nacionales parece haber surgido como una reacción a la capacidad "paradiplomática" que adquirió Quebec con la apertura de sus representaciones en Francia y Gran Bretaña. De esta forma, además de las comisiones del bilingüismo con Pearson y del biculturalismo con Trudeau —ya en los años setenta—, existió un nuevo problema con la estrategia internacional al percatarse que la identidad era cuestionada, y que ello influía en la elaboración de una política exterior que representara a un Canadá uniforme, lo que requería también de una reestructuración a fondo del Ministerio de Asuntos Exteriores.⁸

⁸ El gobierno federal solicitó en 1969 la elaboración de un estudio sobre la actividad internacional de Canadá, así como de su estructura organizativa, que se convertiría más tarde en el "libro blanco" de 1970, conocido como *Foreign Policy for Canadians*. El documento señalaba la necesidad

De esta manera, en cada década la política exterior fue puesta a prueba por la interacción interna y los intereses de las provincias, ya que no sólo fue Quebec, sino también las demás regiones, las que presionaron al gobierno central para que sus necesidades se vieran reflejadas en dicha política: “En la década de los ochenta, el gobierno federal emprendió una fase de revisión de su política exterior con el fin de incrementar su proyección internacional a través de la participación en diversos foros regionales de mayor influencia” (Rodríguez, 2008: 137). El entonces primer ministro Pierre Elliott Trudeau anunció la reestructuración del Departamento de Asuntos Exteriores, así como la estrategia gubernamental de “desarrollo económico renovado”, “con la creación de un Ministerio de Estado para el Desarrollo Económico y Regional, de conformidad con el documento *Desarrollo económico de Canadá en los ochenta*” (Rodríguez, 2008: 137).

A partir de que la provincia de Quebec ejerció sus competencias constitucionales y desarrolló una fuerte actividad diplomática, la política exterior de Canadá paulatinamente adquirió diferentes tonalidades: para los liberales, se trataba de un instrumento de unidad nacional para construir una identidad diferente a la de Estados Unidos, mientras que por otro lado se presionó a Quebec para que siguiera unida a Canadá, limitándose por tanto la posibilidad de nuevos intentos separatistas; prueba de ello fue la reforma constitucional de 1982, mediante la cual se negó a esta provincia su estatus diferente respecto de las demás, sobre todo para evitar que se convirtiera en un pretexto para reforzar el nacionalismo francófono local.

Por su parte, los conservadores, con Brian Mulroney al frente, instrumentaron una política exterior que estuvo marcada por su fuerte acercamiento a Estados Unidos con la puesta en marcha de acuerdos comerciales como el Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Hacia el interior, este primer ministro buscó descentralizar económicamente a las provincias para contribuir con éxito en la integración comercial, aunque manteniendo la unidad política

de maximizar la integración de las actividades orientadas hacia el exterior, las cuales contribuirían a lograr los objetivos nacionales. El gobierno creó el Comité Interdepartamental de Asuntos Exteriores, que analizó la posibilidad de una reestructuración del personal del servicio exterior en una sola entidad administrativa, así como la armonización de los programas y de la coordinación de las políticas de los departamentos y agencias involucradas en las actividades internacionales (Rodríguez, 2008: 137).

necesaria y permitiendo a Quebec su participación oficial en la francofonía internacional, decisión que autorizaba a la provincia a expresar en el ámbito mundial su diferencia cultural con el resto del país.

El gobierno conservador de Stephen Harper se pronunció igualmente por un acercamiento con Estados Unidos, así como también por una cierta autonomía de las provincias, situación que se comprueba con la autorización a Quebec para ingresar a la UNESCO de forma independiente. Así, en ningún periodo se ha discutido la imposibilidad del gobierno federal de tener el control total de la política exterior ante el fortalecimiento de Quebec y, por otro lado, respecto del acceso de Alberta al poder federal.

Puede considerarse que el tema de la identidad en Canadá se ha convertido en un círculo vicioso que se mueve en concordancia con los objetivos internacionales del gobierno en turno; si bien se orienta de forma general con base en un esquema que privilegia lo multicultural, lo cierto es que el carácter bicultural canadiense no define acciones ni objetivos comunes hacia el exterior. Ello implica también cierta fragmentación hacia el interior, así como en algunos aspectos de la política internacional misma, cuyo sustrato es sin duda el realismo político, según el cual el gobierno federal siempre aspira a la exclusividad en el ejercicio de las relaciones internacionales, aunque lo cierto sea que la “paradiplomacia subnacional” de las provincias actúa con frecuencia al margen del poder central. De hecho Alberta, después de controlar el poder federal durante buena parte de las dos primeras décadas del siglo XXI —durante el gobierno de Stephen Harper—, logró que se adoptara en el país un federalismo que limita los márgenes de maniobra del nacionalismo quebequense, diluyendo así cualquier amenaza que pudiera dividir a Canadá.

Identidad canadiense

Como se ha mencionado, la identidad es un elemento clave para entender la política exterior canadiense, así como las relaciones entre Ottawa y los gobiernos subnacionales. Esta realidad atrae la atención lo mismo de los políticos liberales que de los conservadores.

Para estos últimos, la historia vuelve a adquirir una dimensión espacial-geográfica crucial por las actividades estratégicas de las provincias: petróleo, electricidad, aeronáutica, etc. De ahí surgen buena parte de las identidades

provinciales, las cuales dependen, eso sí, de sus respectivas capacidades: económica, política y cultural, como en el caso del idioma.

De esta forma, la construcción de la identidad adquiere nuevos matices, ya que se encuentra presente en el debate actual sobre los intereses particulares: anglófonos, autóctonos (primeras naciones), francófonos, e incluso los del Oeste —de manera particular de Alberta—. Así, en la definición de intereses regionales específicos se confirma que, dependiendo del partido que se encuentre en el poder en Ottawa, existe una tendencia identitaria que busca extenderse por todo el país. Ahora bien, es oportuno preguntarse: ¿cómo se manifiesta la identidad si no es a través de una realidad económica, cultural y política?

En realidad todas las actividades humanas están impregnadas —en mayor o menor medida— de ejercicios de reafirmación de identidades. En este sentido, Canadá reconoce su herencia colonial, su buena relación con la metrópoli y su lealtad a la Corona británica, pero se trata de una lealtad que nace de una fragmentación identitaria entre el espacio geográfico y su población, pues en un país tan extenso no puede existir una identidad única, y sí un sistema que busque fortalecer el multiculturalismo en el siglo *xxi*.

Sin embargo, el conservadurismo canadiense muestra de forma tangible que la provincia de Alberta ocupa un lugar muy importante para entender la manera en que deben interpretarse los intereses regionales canadienses en este siglo:

Para las elites del Oeste, hablar de Quebec es igualmente definir la forma de cómo Canadá debe funcionar y el lugar que la provincia de Alberta debe ocupar. Es, de una manera más profunda, definir la identidad de Alberta en cuanto a su naturaleza política. Hablar de Quebec en Alberta es también una forma de hablar de sí misma, de lo que requiere Alberta, de su lugar en la Federación canadiense, de su cultura política así como de sus proyectos a futuro (Boily, 2013: 135).

Por ello, puede afirmarse que el Oeste de Canadá se convirtió en el eje rector del conservadurismo de buena parte del país —sin pasar por alto que los conservadores cosmopolitas de las provincias centrales no mantienen muchas coincidencias ideológicas con este movimiento extremadamente conservador—. Este conservadurismo contemporáneo canadiense creció amparado en un populismo enraizado en los valores rurales tradicionales y contó con los suficientes recursos económicos para conseguir el objetivo de extenderse

políticamente por todo el país. De hecho, el poder e influencia de Alberta se ha desplegado incluso a las provincias de las planicies (Saskatchewan y Manitoba), y lucha ferozmente por acomodarse en una tradicionalmente más progresista e incluyente, como lo es Columbia Británica.⁹

Federalismo de apertura

Nacido en Ontario pero formado políticamente en el Oeste, Stephen Harper concibió sus proyectos políticos con la idea de refundar la identidad canadiense, para transformarla en una más individualista, competitiva y pragmática, pero eso sí, capaz de contener cualquier amenaza a la unión y al federalismo.

En los inicios de su campaña electoral de 2004, Harper propuso un *federalismo de apertura*, que planteaba a los electores, entre otras cosas, romper con el poder centralizador de los liberales y con los tratados únicos y particulares entre el gobierno central y algunas provincias. Con este nuevo tipo de federalismo proponía, asimismo, una mayor apertura para defender, compartir y fortalecer las competencias que tenían las provincias de acuerdo con la Constitución en áreas específicas como medioambiente, educación y cultura. Al mismo tiempo, sugería reconocer las responsabilidades culturales y constitucionales especiales del gobierno de Quebec.

Este último punto es muy importante para entender el federalismo y la identidad canadienses en la actualidad, ya que se ha utilizado como un medio de propaganda conservadora para impulsar que Quebec pueda integrarse dentro de la delegación permanente de Canadá en la UNESCO, para desde allí impulsar intereses que competen a la francofonía nacional. Esto significa, según los seguidores de Harper, un acto de política exterior que concede a la provincia más espacio para dar respuesta a sus demandas identitarias y sociales.

El acuerdo de participación de Quebec en la UNESCO se firmó el 5 de mayo de 2006, pocos meses después de que Harper asumiera el poder. En

⁹ En las elecciones federales canadienses de octubre de 2019, los candidatos conservadores ganaron numerosos bastiones electorales en Columbia Británica, además de en Alberta, Saskatchewan, Manitoba y la región central de Ontario. Los liberales obtuvieron ciento cincuenta y siete de los trescientos treinta y ocho escaños de la Cámara de los Comunes, mientras que los conservadores obtuvieron ciento veintiuno. Estos números son indicativos de la fuerza latente que posee el movimiento conservador en esas provincias. En estas mismas elecciones, el Bloque Quebequense logró treinta y dos escaños, colocándose nuevamente en la contienda regional de intereses políticos.

noviembre de ese mismo año, la Cámara de los Comunes votó finalmente a favor de aceptar que Quebec gozara del estatus de nación distinta, pero dentro de un Canadá unido. Este acontecimiento ayudó a debilitar los sentimientos separatistas de algunos grupos quebequeses, al mismo tiempo en que reafirmó la posición de Quebec dentro de la Federación; sin embargo, es sumamente importante señalar que este reconocimiento aprobado en la Cámara de los Comunes no se elevó a rango constitucional, situación que en realidad deja sin resolver el problema de fondo del federalismo canadiense.

Con este reconocimiento, el gobierno de Harper buscó disminuir la presencia de Quebec en el debate público y en su lugar orientar los esfuerzos y la atención hacia el cumplimiento de los objetivos políticos que los conservadores del Oeste habían diseñado previamente con la finalidad de alcanzar el poder en Ottawa:

La creciente influencia de las provincias occidentales también jugaba en beneficio de los *tories*. Con la industria manufacturera del centro de Canadá en declive, la riqueza de los recursos del Oeste sirvió cada vez más como motor económico. La población también se estaba mudando a esa región del país, el corazón conservador y el hogar adoptivo de Stephen Harper. En coincidencia con esta tendencia, se dio la disminución de la influencia de Quebec, la provincia que había servido a la causa liberal como ninguna otra. En términos ideológicos simplificados, Quebec era el pilar de la izquierda de Canadá, mientras que Alberta lo era de la derecha. Durante treinta años, [durante los periodos] de los tres primeros ministros con origen en Quebec: Trudeau, Mulroney y Chrétien, el pilar oriental había predominado (Martin, 2010: 107).

Conclusiones

Puede afirmarse que Alberta ha avanzado significativamente en la obtención de ventajas sobre las dos grandes provincias centrales de Canadá: Ontario y Quebec. Su riqueza petrolera la sitúa en una posición estratégica para negociar un lugar privilegiado en la política del país. Por ello, el *premier* de Alberta, Jason Kenney, ha buscado un acercamiento con Quebec para poder transportar petróleo a las refinerías francófonas, aunque la realidad es que el gobierno quebequense todavía prefiere el petróleo de Estados Unidos, circunstancia que demuestra los contrapesos existentes: “Si Quebec mantiene su oposición a la construcción del oleoducto que transportaría el petróleo ‘sucio’ de

Alberta hacia el oriente del país, no sería sorprendente que Jason Kenney reviviera el eslogan de los años ochenta: 'Deja que los bastardos orientales se congelen en la oscuridad'"(Dubuc, 2019: 9).

Es un hecho que el federalismo canadiense como espacio histórico ha experimentado cambios dinámicos, tanto centrífugos como centrípetos, como resultado de las disparidades de sus actores principales: las provincias. Estas diferencias se han fortalecido desde los años sesenta, cuando Quebec adquirió personalidad internacional y desafió el paradigma tradicional en que el gobierno central era el único ejecutor de la diplomacia, la política exterior y las relaciones internacionales. En ese periodo, Alberta fue sumando elementos a su favor, como la inversión, el petróleo y varios movimientos políticos fuertes que pusieron en jaque al añejo conservadurismo cosmopolita de las provincias centrales.

Caso aparte es Columbia Británica, que se ha consolidado como una región clave del comercio internacional, pues es la puerta de entrada para las mercancías de la región Asia Pacífico. Dicha provincia entabla pugnas constantes con los conservadores de Alberta, pero también con los políticos de Ottawa, mientras que expresa indiferencia hacia Quebec, pues prácticamente no cuentan con lazos tradicionales que promover.

De esta forma, como en cualquier parte del mundo el federalismo presenta retos, sólo que para el caso canadiense la disparidad e intereses regionales se han acentuado. Ése ha sido uno de los pendientes tanto de liberales como de conservadores a lo largo de poco más de siglo y medio de gobiernos alternados; no obstante, sin duda un aspecto exitoso del federalismo canadiense y de sus elites en años recientes fue la sustitución del tradicional y problemático modelo bicultural por otro de carácter multicultural, más incluyente y más atractivo para la opinión pública nacional e internacional.

Por otra parte, el manejo de las identidades provinciales se ha traducido en una mejor ejecución en áreas estratégicas particulares, como el comercio, la inversión, los sectores energéticos (petróleo, gas natural, electricidad), la banca, las carreteras, etc. Todo en forma integral se ha convertido en parte de la identidad de cada provincia, para cuya promoción y defensa los partidos políticos —regionales y federales— se han erigido como entes ideológicos, que crean realidades y, muchas veces, colocan a otras provincias como los contrincantes a vencer.

En lo que corresponde a la política exterior, puede señalarse que el gobierno federal busca dar respuesta y cauce a las demandas provinciales, pero

también que en muchas ocasiones queda limitado para hacerlo, ya que Ottawa no puede ofrecer todas las soluciones debido a las amplias capacidades que las propias provincias han alcanzado para promover y defender sus intereses internacionales, tal y como lo ha conseguido Alberta con su industria petrolera.

Asimismo, a la participación de Quebec en la UNESCO se la puede considerar como un paradigma del “federalismo de apertura” canadiense, aunque en realidad este arreglo terminó por subordinar a Quebec al gobierno federal, ya que sólo el jefe de la representación ante esta agencia de la ONU —es decir, el funcionario asignado por el nivel central— tiene la última palabra y el derecho de veto para aprobar o no cualquier posición de Ottawa.¹⁰

Así, el siglo XXI ha sido testigo de la búsqueda de Canadá de redefinir su propia identidad y posición en el mundo. “La identidad canadiense a su interior es más frágil. Esta fragilidad es, sobre todo, el resultado de las divergencias entre las dos colectividades lingüísticas. La idea misma de una identidad canadiense es frecuentemente cuestionada por el Quebec francófono” (Boismenu, 2008: 25). Esta respuesta es constante, pero no se integró en la Constitución. El problema de fondo consiste en que el gobierno federal no tiene que dar respuesta solamente a Quebec, sino a todas las provincias, muchas de las cuales ya han adquirido fuerza e influencia importantes a nivel federal, como Alberta. Por su parte, a nivel internacional Canadá tiene una imagen distinta y muestra de ello es el ingreso de Quebec a la UNESCO:¹¹ “En revancha, la identidad canadiense hacia el exterior es más sólida, pero a condición de que sea definida de una manera aceptable por las dos colectividades. De lo contrario, los esfuerzos por desarrollar tal identidad internacional [pudieran llegar a tener] efectos contradictorios en el seno de las dos colectividades” (Boismenu, 2008: 25).

Esta circunstancia aceptada por todos permitió a Quebec no solamente participar en la UNESCO. También, por ejemplo, entre 2006 y 2012 la provincia concretó acuerdos interinstitucionales con entidades federativas mexicanas,

¹⁰ “Este acuerdo, que ciertamente puede calificarse como histórico, permite una gran visibilidad a Quebec en la diplomacia internacional, pero no es más que una hábil estrategia política concertada por el gobierno de la Federación para otorgarle espacios pero sin la posibilidad de cambios reales. La participación de Quebec origina una dependencia tributaria en la delegación canadiense y, en consecuencia, la soberanía de la provincia se ve notablemente sometida a las estrategias del gobierno federal” (Payette, 2011: 109).

¹¹ Bajo las condiciones ya descritas.

como Jalisco, Nuevo León y Guanajuato, en las áreas de cooperación, educación, cultura, medioambiente y desarrollo de la juventud. Lo anterior marca un mayor alcance y presencia de esta provincia en México.

El caso de Alberta es un poco más complejo, ya que su fuerza económica, política y cultural crece día con día. Asimismo, si bien en la actualidad las provincias centrales de Ontario y Quebec tienen la mayor densidad demográfica del país, se prevé que en la primera mitad del siglo XXI la población de Alberta aumente significativamente. Este fenómeno permitirá la intensificación y mayor ideologización del conservadurismo del Oeste —no sólo en Alberta sino también en Manitoba, Saskatchewan y Columbia Británica—, situación que asegurará mayores escaños parlamentarios para esta corriente de pensamiento y, con ello, una mayor influencia en la política nacional en los años por venir.

Todos los elementos expuestos nos permiten prever la consolidación de una competencia ideológica muy fuerte entre el Oeste canadiense y las provincias centrales cosmopolitas (Ontario y Quebec). Las del Atlántico mantienen tasas de crecimiento demográfico muy discretas, por lo que su tradicional apoyo a la causa del Partido Liberal podría perder importancia cuantitativa en las décadas siguientes.

Finalmente, puede señalarse que en los últimos tiempos a la identidad de Canadá se agregan paulatinamente, a sus ya tradicionales valores culturales, nuevos paradigmas de carácter económico y político, los cuales asumen sus propias dinámicas y tienen una amplia capacidad para adaptarse a los cambios estructurales del nuevo orden comercial y económico.

Fuentes

AYALA CORDERO, JOSÉ LUIS

2014 "La cooperación internacional subnacional *versus* la diplomacia local: utilización de un concepto para la academia mexicana", *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, no. 120-121 (septiembre de 2014-abril de 2015): 163.

BALTHAZAR, LOUIS

- 1992 “L’émancipation internationale d’un État fédéré (1960-1990)”, en François Rocher, ed., *Bilan Québécois du Fédéralisme Canadien*. Montreal: VLB Editeur, 152-179.

BEAUCHEMIN, JACQUES

- 1995 “Nationalisme Québécois et crise du lien social”, *Cahiers de recherche Sociologique*, no. 25. Montreal: Departamento de Sociología de la Universidad de Quebec en Montreal.

BOILY, FRÉDÉRIC

- 2016 *Stephen Harper. La fracture idéologique d’une vision du Canada*. Quebec: Agora Canadienne.
- 2013 *La droite en Alberta. D’Ernest Manning à Stephen Harper*. Quebec: Presses de l’Université du Québec.

BOISMENU, GERARD

- 2008 *Les enjeux de la politique étrangère canadienne. Marges de manoeuvre et éléments de distinction*. Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle.

CASTRO MARTÍNEZ, PEDRO

- 1992 “¿Nuevo separatismo de Quebec?”, *Foro Internacional* xxxii, no. 4 (abril-septiembre): 497-518.

DEPARTAMENTO FEDERAL DE ASUNTOS EXTRANJEROS
DEL GOBIERNO SUIZO

- 1993 *Suiza. Estado y política*. Berna: Departamento Federal de Asuntos Extranjeros del Gobierno Suizo.

DORION-SOULIÉ, MANUEL

- 2014a “Introduction: Les idées mènent le Canada. L’idéologie néoconservatrice en politique étrangère canadienne”, *Etudes Internationales* 45, no. 4: 507-530.
- 2014b “Le néoconservatisme canadien. Essai de conceptualisation”, *Etudes Internationales* 45, no. 4: 531-551.

DUBUC, PIERRE Z.

2019 "Le chantage au pétrole des Andrew Scheer et Jason Kenney est un petard mouillé", *L'aut journal*, no. 9 (junio): 380.

FOX, GRAHAM

2016 *Unfinished Business: The Legacy of Stephen Harper's "Open Federalism"*. Montreal: McGill Queens University Press.

GÉRIN-LAJOIE, M. PAUL

1965 "La Personnalité International du Québec", *Le Devoir*, consultada en julio de 2020.

HARRISON, TREVOR W.

2013 "Harper: Contenez le Québec et privatiser le Canada", *Nouveaux Cahiers du Socialisme*, no. 45: 3. Quebec: Universidad Popular de Verano.

LAFOREST, GUY

1992 *Trudeau et la Fin D'un Reve Canadien*. Quebec: Les Editions du Septentrion.

LINTEAU, PAUL-ANDRÉ

2000 "Un débat historiographique: l'entree du Québec dans la modernite et la signification de la Revolution Tranquille", en Yves Belanger *et al.*, eds., *La Revolution Tranquille 40 ans plus tard: un bilan*. Montreal: VLB Editeur.

MARTIN, LAWRENCE

2010 *Harperland: The Politics of Control*. Toronto: Viking Editeur.

MARTIN, YVES

1990 "Le Québec, maitre d'oeuvre de ses Relations Internationales?", en Yves Martin y Denis Turcotte, eds., *Le Québec dans le Monde. Textes et documents de L'Association Québec dans le monde*. Quebec: Biblioteca Nacional de Québec.

PAYETTE, JEAN-FRANCOIS

2011 *Introduction critique aux relations internationales du Québec. Le mythe d'une politique étrangère*. Québec: Presses de L'Université du Québec.

PHILIPPAR, ERIC

1999 "De l'explication a la prévision: Analyse des perspectives en materia de relations internationales des régions d'Europe", *Etudes Internationales* xxx, no. 4: 789-808. [Número especial: *Les Relations internationales des Régions en Europe*, Jacques Palard, editor].

RODRÍGUEZ BARBA, FABIOLA

2008 "Diplomacia cultural en la política exterior de Canadá", *Revista mexicana de estudios canadienses*, no. 16: 133-153.

SAINT-MARTIN, DENIS

2008 "La politique étrangere des liberaux au Canada: un instrument de construction de l'unité nationale", en Gerard Boismenu, ed., *Les enjeux de la politique étrangere canadienne. Marges de manoeuvre et elements de distinction*. París: Presses Sorbonne Nouvelle.

SANTÍN PEÑA, OLIVER

2014 *Sucesión y balance de poder en Canadá entre gobiernos liberales y conservadores*. Ciudad de México: CISAN-UNAM.

WOEHLING, JOSÉ

1994 "L'évolution et le reamenagement des rapports entre le Québec et le Canada Anglais", en Jacques-Yvan Morin, ed., *Demain, Le Québec Choix politiques et Constitutionnels d'un Pays en Devenir*. Québec: Les Editions du Septentrion.